

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
FRANCISCO DE  
BORJA PAVÓN  
II

ACADÉMICOS en el recuerdo 2

J. M. ESCOBAR  
F. S. MÁRQUEZ  
COORDINADORES



2018

# ACADÉMICOS en el recuerdo

## 2



Coordinadores:  
José Manuel Escobar Camacho  
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

*Colección Francisco de Borja Pavón*

# ACADÉMICOS en el recuerdo 2

Coordinadores:  
José Manuel Escobar Camacho  
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES  
DE CORDOBA

2018

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 2  
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Luis María Ramírez y de las Casas-Deza

<http://www.fuencaliente.net/casasdeza.htm>

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-120060-0-1

Dep. legal: CO 2.304-2018

Impreso en Litopress. [edicioneslitopress.com](http://edicioneslitopress.com) – Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**LUIS MARÍA RAMÍREZ  
Y DE LAS CASAS-DEZA (1802-1874),  
UN HISTORIADOR CORDOBÉS DEL SIGLO XIX  
(algunos aspectos)**

por

**ANTONIO CRUZ CASADO**  
Académico Numerario

CRUZ CASADO, Antonio. Luis María Ramírez y de las Casas-Deza (1802-1874), un historiador cordobés del siglo XIX. 57-98.

## **Actualidad y olvido de Luis María Ramírez**

(Ediciones, estudios y textos facsímiles virtuales)

El historiador cordobés Luis María Ramírez y de las Casas-Deza (Córdoba, 1802-1874) no ha tenido mucha suerte en lo que se refiere al número de ediciones y de estudios que se le han dedicado a lo largo del siglo XX y en lo que va transcurrido del siglo XXI. Bien que se trata de ediciones solventes y de alta calidad, preparadas por expertos en la centuria decimonónica, pero han sido muy pocas, en realidad. Por lo que podemos constatar hasta ahora, sólo dos obras de Ramírez pueden ser accesibles para el interesado en los textos impresos de nuestra época: la *Biografía y memorias especialmente literarias de Don Luis María Ramírez de las Casas Deza* [sic, se omite la conjunción y, así como el guión del segundo apellido], *entre los Arcades de Roma Ramilio Tartesiaco, individuo correspondiente de la Real Academia Española* (Córdoba, 1977), con prólogo del profesor J. M. Cuenca Toribio<sup>1</sup>, y la *Corografía Histórico-Estadística de la Provin-*

---

<sup>1</sup> Luis María Ramírez de las Casas Deza, *Memorias*, prolog. J. M. Cuenca Toribio, Córdoba, Facultad de Filosofía y Letras, 1977. En la portada se añade: “Córdoba en el siglo XIX”, antes del retrato del autor, y al pie “Universidad de Córdoba / Instituto de H<sup>a</sup> de Andalucía”. El título más extenso, citado en el cuerpo del trabajo, se incluye en la portadilla correspondiente; como puede verse, se omite, en ambos casos, la conjunción copulativa y, que el autor intercalaba siempre entre sus apellidos: Ramírez y de las Casas-Deza, así como el guión que une los dos componentes del segundo apellido. Quizás pueda inducir a cierto error la expresión “individuo correspondiente de la Real Academia Española”, designación que suele hacerse de la Real Academia Española de la Lengua, de la que fue efectivamente correspondiente (así lo señala Borja Pavón en su necrológica), aunque nos parece que puede referirse más bien a la Real Academia de la Historia. Es algo que él mismo destaca en letras mayúsculas en su curriculum impreso, con el título de *Relación de la carrera literaria, grados, méritos y servicios de don Luis María Ramírez y de las Casas-Deza, natural de la ciudad de Córdoba*, y que corresponde a la fecha del 19 de diciembre del año 1842; allí indica “Es individuo de la REAL ACADEMIA DE LA HISTO-

*cia y Obispado de Córdoba* (Córdoba, 1986, 2 vols.), con amplio estudio introductorio y edición de Antonio López Ontiveros<sup>2</sup>. Son acercamientos desde la historia y desde la geografía a la extensa obra del historiador cordobés, con valiosas introducciones, aunque desiguales en la extensión (4 páginas en el primer volumen citado y 101 en el segundo).

Por lo que respecta a los estudios recientes, aparecidos ya en el siglo XXI, son, en verdad, bastante escasos por lo que hemos podido comprobar. Varios artículos se ocupan de diversos aspectos de su obra, entre los que están: José Vallecillo López, “Luis María Ramírez y las Casas-Deza y su *Oda a Hipócrates*”<sup>3</sup>; Carmen Fernández Ariza, “*La Historia del teatro en Córdoba de Luis María Ramírez de las Casas-Deza*”<sup>4</sup>; Antonio Cruz Casado, “Bujalance y bujalanceños ilustres en la obra de Luis María Ramírez y las Casas-Deza”<sup>5</sup>; Juan Antonio Devesa y Ángel Montero, “El interés por la botánica de Luis M. Ramírez de las Casas-Deza (1802-1874)”<sup>6</sup>, etc. También se le dedica un artículo biográfico<sup>7</sup> en el *Diccionario biográfico español* (2009), de la Real Academia de la Historia.

---

RIA”. No hemos visto que haga nada parecido con la Real Academia Española de la Lengua, que no se cita en la relación; claro que este documento lleva la fecha final de 16 de agosto de 1847, y el nombramiento como correspondiente de la Española de la Lengua sería después.

<sup>2</sup> *Corografía histórico-estadística de la provincia y obispado de Córdoba*, por El licenciado D. Luis María Ramírez y las Casas-Deza, estudio introductorio y edición por Antonio López Ontiveros, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1986, 2 vols. El volumen primero incluye la parte impresa de la obra (a partir de la edición de 1840) y el segundo los apuntes manuscritos que quedaron inéditos en su momento referidos a otros pueblos de la provincia de Córdoba. Como indicamos, el prólogo es la aportación más relevante sobre este escritor, puesto que se examinan prácticamente todas las obras de Ramírez.

<sup>3</sup> *Medicina y Literatura, IV. Actas del IV Simposio Interdisciplinar de Medicina y Literatura*, Sevilla, Padilla Libros, 2004, pp. 361-370.

<sup>4</sup> *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 164, 2015, pp. 263-279.

<sup>5</sup> *Bujalance. Universo de pueblo campiñés*, coord. José Cosano Moyano y José María Abril Hernández, Córdoba, Real Academia, 2018, pp. 161-172. Tenemos en cuenta este trabajo nuestro en la presente aproximación.

<sup>6</sup> *Acta Botánica Malacitana*, 43, 2018, pp. 183-189.

<sup>7</sup> El texto, de mediana extensión, incluye datos biográficos fiables y se ocupa poco de su obra; carece de autor o responsable del texto, se indica solamente, al final: “Diccionario Biográfico Español” (consulta on line, en diciembre de 2018, como las restantes referencias tomadas de internet).

Mucha más amplitud tiene su presencia en diversas bibliotecas virtuales, de tal manera que, aunque su obra esté poco estudiada y editada, y no sea muy valorada en la actualidad, tenemos al alcance de la mano, o al alcance de un clic, una amplia serie de textos facsímiles virtuales, que hacen que el interesado en el personaje cordobés y en su obra se vea, en cierto sentido, recompensado de la ausencia de otros estudios y ediciones en papel.

No hay, sin embargo, ninguna obra suya en la página del Ayuntamiento de Córdoba; entre los libros y folletos del siglo XIX, que alcanzan, en el momento de nuestra consulta, la cantidad de 289 obras, sólo encontraríamos de utilidad para nuestro insigne cordobés el conocido folleto necrológico<sup>8</sup> de Francisco de Borja Pavón, además repetido. Por suerte, la Biblioteca Virtual de Andalucía alberga hasta 18 textos de Ramírez, entre los que figuran su traducción de *La Syphilis*, de Fracastoro; la edición de los poemas de Góngora, los varios volúmenes de los *Anales civiles y eclesiásticos de la ciudad de Córdoba*, la colección de autos generales de la Inquisición de Córdoba, que apareció, como se sabe, bajo el seudónimo del licenciado Gaspar Matute y Luquín, e incluso una carta suya al *Diario de Córdoba* sobre el polémico tema del patronato de la Virgen de Araceli en Lucena (el autor parece inclinarse por San Jorge).

En el mismo sentido, es abundante en textos de este escritor la Biblioteca Digital Hispánica, de la Biblioteca Nacional de Madrid; su búsqueda nos entrega casi un centenar de entradas o referencias, junto con algún retrato del autor, a pesar del escaso desarrollo de esta página en la actualidad, que incluye poco más de doscientos mil títulos, frente a los casi cinco millones de documentos de Gallica, la web de la Biblioteca Nacional de Francia, por ejemplo. Con todo, aquí encontramos algunos manuscritos personales de interés biográfico para nuestra

---

<sup>8</sup> D. Luis María Ramírez de las Casas-Deza. *Apuntes necrológicos* que leyó en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba don Francisco de Borja Pavón, Secretario de la misma, en sesión de 9 de mayo de 1874, Córdoba, Imprenta del Diario de Córdoba, 1874; el folleto está repetido en esta misma biblioteca virtual, con los números 191 y 192. Luego se incluiría, como se sabe, en un volumen recopilador de textos necrológicos, también presente en esta biblioteca virtual: *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos, especialmente cordobeses, dadas a luz con anterioridad y publicadas y ahora coleccionadas por su autor*, Francisco de Borja Pavón, cronista de Córdoba, editadas a expensas del Excmo. Ayuntamiento, Córdoba, La Unión, 1892; el texto sobre Ramírez ocupa aquí las pp. 39-50.

tierra, como el titulado *Hijos ilustres, escritores y profesores de las Bellas Artes de la provincia de Córdoba*, 1863, que tiene más de mil doscientas páginas, algunas descolocadas, y el más breve volumen de *Biografías de escritores españoles, originalmente escritas e ilustradas con nuevas noticias*, 1857; y otra edición de los autos cordobeses de la Inquisición (*Colección de los autos generales y particulares de fe celebrados por el tribunal de la Inquisición de Córdoba*. Anotados y dados a luz por el licenciado Gaspar Matute y Luquín, 1839), junto con numerosos manuscritos de cartas dirigidas al autor por los más diversos personajes de la cultura decimonónica (Modesto Lafuente, Pascual Madoz, el lucentino Francisco Antonio Tenllado, el Duque de Rivas, Carlos Ramírez de Arellano, etc.), entre los que figuran algunos extranjeros.



Rótulo de la calle dedicada en Córdoba a Ramírez de las Casas-Deza. (Foto FSM).

Por otra parte, dentro de la misma página de la Biblioteca Nacional, encontramos numerosos textos de Ramírez en los periódicos decimonónicos, como comprobamos en el *Semanario Pintoresco Español* (1845-1857), donde se encuentra hasta medio centenar de artículos del historiador cordobés, con frecuencia acerca de monumentos, temas y personajes de nuestro entorno (el castillo de Belalcázar, las casas árabes de Córdoba, las cartas de Góngora, el castillo de Cañete de las Torres, los infantes de Lara, el padre Cristóbal de Santa Catalina, Fe-

lipe II en Córdoba, la torre de la Malmuerta, Ambrosio de Morales, etc.). Esta institución, junto con la Biblioteca Virtual de Andalucía, nos suministra una amplia colección de textos, algunos de ellos poco o nada tenidos en cuenta anteriormente.

Otras bibliotecas virtuales también ofrecen algunas muestras de la ingente labor de Ramírez, como books.google.es, donde figuran la edición de las poesías de Góngora y la colección de autos de fe cordobeses (edición de 1836), o archive.org, que nos ofrece, entre sus casi veinte millones de textos, en diversas lenguas, varias aportaciones de Ramírez: la edición de Góngora, el libro sobre el príncipe Don Carlos, considerado más bien una novela, o el *Indicador cordobés*, de 1837; también aparece aquí el volumen de necrologías de Borja Pavón, donde figura igualmente el historiador cordobés, como se ha indicado.

En consecuencia, nos parece que la escasa atención editorial y crítica de que ha sido objeto Ramírez y de las Casas-Deza se ve un tanto compensada por la relativa abundancia de textos facsímiles del mismo, aunque faltan todavía muchos de sus libros y recopilaciones, entre los que echamos de menos el facsímil de sus memorias o alguna de sus colecciones de carácter literario, como la que incluye su producción poética, que hemos consultado directamente en el códice original de la Biblioteca Pública Provincial de Córdoba. Queda, a nuestro entender, una amplia labor de relectura e investigación sobre su obra y su trayectoria personal, de lo que sólo podemos dar aquí algún somero esbozo para adaptarnos al límite que suele asignarse a estas rememoraciones de los antiguos académicos cordobeses.

### **Un episodio de su trayectoria biográfica: de la Medicina a la Historia**

La historiografía cordobesa del siglo XIX tiene en don Luis María Ramírez y de las Casas-Deza (Córdoba, 1802-1874) uno de sus representantes más significativos. La gran cantidad y calidad de las aportaciones que realizó a lo largo de su vida lo convierten en uno de los más prolíficos historiadores de la centuria decimonónica<sup>9</sup>, autor de

---

<sup>9</sup> Un recuento de sus publicaciones y manuscritos, introducido por diversas referencias biográficas, en el volumen clásico de Rafael Ramírez de Arellano, *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras*, Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, 1922, I, pp. 504-511. Su presencia en repertorios y estudios monográficos del XIX es bastante infre-

textos que consiguió imprimir en muchas ocasiones pero que, en otras, nos han llegado manuscritos.

Su personalidad resulta contradictoria y sorprendente en muchas ocasiones; de manera sintética podríamos decir que estamos ante un médico aficionado a la historia, que abandona su carrera médica, tras ejercerla durante varios años en algunos lugares de la provincia, como Bujalance, y que se dedica a la historia como *modus vivendi*, llegando a ser profesor del instituto provincial (“Regente de la cátedra de Geografía e Historia en el Instituto de Córdoba –se indica de manera taxativa en su necrológica– por espacio de 20 años, fue jubilado, sin pedirlo, por el aparente motivo de su edad avanzada”)<sup>10</sup>. Con relación a esta oscilación entre la medicina y la historia, o las humanidades, en general, encontramos una autodefensa del escritor, en el prólogo de su conocida *Corografía histórico-estadística de la provincia y obispado de Córdoba* (1840-1842)<sup>11</sup>:

---

cuenta, a pesar del interés de sus variadas aportaciones; no obstante empieza a ser estudiado entre nosotros con el detenimiento y el rigor necesarios, como vemos en el trabajo de Carmen Fernández Ariza, antes citado.

<sup>10</sup> Francisco de Borja Pavón, “D. Luis María Ramírez de las Casas-Deza. Apuntes necrológicos que leyó en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, su autor, siendo secretario de la misma, en sesión de 9 de mayo de 1874”, en *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos, especialmente cordobeses, dadas a luz con anterioridad en varias fechas y publicaciones y ahora coleccionadas*, Córdoba, Establecimiento tipográfico de La Unión, 1892, p. 45. Borja Pavón lo recuerda también en su manuscrito *Apuntes íntimos*, vol. 15, f. 62 r. y ss., grafía actualizada, remitiendo a un texto suyo publicado en la prensa cordobesa. Aquí escribe: “En p[az] d[escanse]. Hoy por la mañana ha sido inhumado en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud el cadáver de nuestro muy querido amigo y colaborador Don Luis María Ramírez y de las Casas-Deza, Catedrático jubilado del Instituto de segunda enseñanza, vicepresidente de la Comisión de Monumentos de la provincia, Presidente de la Sociedad Económica de la misma e individuo de casi todas las Academias científicas y literarias de España y el extranjero, en las que le había dado entrada su vastísima erudición, fruto de su amor al estudio, al que dedicó toda su laboriosa vida, durante la cual ha salvado del olvido los nombres de muchos hijos de Córdoba, cuyas biografías ha escrito”, etc.

<sup>11</sup> Ya para esta época, Ramírez ha tenido el refrendo académico de numerosas instituciones, como se indica en la portada de este texto: “Profesor de Medicina, individuo de las Sociedades económicas de Granada, Murcia, Montilla y Lucena, Académico corresponsal de las de Medicina y Cirugía de Cádiz, Barcelona y Sevilla, Honorario de la de Buenas Letras de esta última ciudad y de Número de la de los Arcades de Roma, etc., etc., etc.”, Luis María Ramírez y las Casas-Deza, *Corografía histórico-estadística de la provincia y obispado de Córdoba*, Córdoba, Imprenta de Noguey y Manté, 1840, tomo I, portada. Sobre los Arcades de Roma, cuenta

Lejos, pues, de ser perjudicial a los médicos cultivar otros ramos del saber, como dice el vulgo, sin los varios que comprenden las letras humanas, contrayéndonos a éstas, no es posible que ejerzan su facultad con perfección y lucimiento; así es que no ha habido hasta ahora médico alguno sobresaliente que no haya tenido profundo conocimiento de ella [se refiere aquí a la literatura, que era la manera genérica de designar las bellas letras, las humanidades]; ni la medicina puede sin este auxilio ponerse dignamente a nivel de las demás profesiones científicas, ni los médicos, como es cosa cierta, hubieran podido influir tan poderosamente como lo han hecho, en los progresos de todos los conocimientos humanos desde el renacimiento de las letras de Europa a no haber cultivado las humanidades en toda su extensión (pp. 12-13).

Es algo parecido a lo que hemos oído en algunas ocasiones: “el médico que sólo medicina sabe, ni medicina sabe”. Y continúa luego con la justificación apuntada:

Nuestra misma patria que ahora, en estos tiempos de ilustración y de adelantos yace sumida lastimosamente en la obscuridad y en la ignorancia, aplaudía en tiempo mejor para ella, en el siglo XVII, los trabajos del doctor Enrique Vaca de Alfaro igualmente que su pericia médica, a la edad de 30 años; y no se extrañaba ver tan dado a la historia y a la literatura a un hombre de su profesión, ni menos se motejaba su afición a otros conocimientos, como ahora la de algún otro médico que lo imita es notada de ciertos idiotas y farraguistas, algunos de bonete, que muy satisfechos con sus chabaca-

---

cómo fue su designación en las memorias: “Sucedió pues, que el vicario eclesiástico del Carpio, D. Juan de Rojas y Ruano, recibió una carta de un agente de Roma en que se le ofrecía para los asuntos que en aquella corte se le ocurriesen, lo que me participó aquel señor. Aprovechando yo la oportunidad, le escribí preguntándole los requisitos para ser admitido entre los árcades, que son: mandar una composición con certificado de las autoridades para hacer constar que el que lo manda es su verdadero autor, que ésta sea aprobada, y pagar cierta cuota. Sabido esto, y no teniendo yo entonces composición alguna de interés general más que la Oda a los Griegos, se la remití, y, al cabo de algún tiempo, supe que había gustado y me remitieron el Diploma de árcade supernumerario, que es la clase de entrada y el de numerario a que se pasa después”, *Biografía y memorias especialmente literarias de D. Luis M<sup>a</sup> Ramírez y de las Casas-Deza, entre los Arcades de Roma Ramilio Tartesiaco, individuo correspondiente de la Real Academia Española*, pról. J. M. Cuenca Toribio, Córdoba, Universidad de Córdoba / Instituto de Historia de Andalucía, 1977, p. 74. Las restantes referencias de esta obra se hacen en el cuerpo del texto mediante la indicación de la página correspondiente.

nos estudios y pomposos con las borlas, que tan mal en ellos se emplean, saben cuando más algo de lo que dicen Santo Tomás y Selvagio (p. 14).

Además tiene una formación clásica excepcional, maneja correcta y fluidamente el latín, está interesado en la filosofía, en la botánica y en otros muchos ámbitos del saber.

Por otra parte, Luis María Ramírez escribió una autobiografía, algo infrecuente en el panorama de las letras españolas, poco dadas, por lo general, al comentario sobre la intimidad personal, en contraste con lo que sucede en otros países europeos, como Francia o Inglaterra. En el siglo XIX español podemos encontrar, como mucho, cinco o seis textos de estas características, es decir, memorias o diarios íntimos.

Las memorias, que se habían conservado manuscritas en cuatro volúmenes, con el título de *Biografía y memorias especialmente literarias de D. Luis M<sup>a</sup> Ramírez y de las Casas-Deza, entre los Arcades de Roma Ramilio Tartesiaco, individuo correspondiente de la Real Academia Española*, fueron editadas en 1977 por el profesor Cuenca Toribio, nuestro estimado compañero de Academia, como ya se ha indicado.

Junto a los sucesos personales y familiares, Ramírez incorpora numerosos datos sobre la historia local, de tal manera que su obra, escrita en forma de anales, es decir, año por año, nos da un panorama muy completo de lo que sucede en Córdoba desde 1802, momento en que nace el personaje, hasta comienzos del año de su muerte, 1874, concretamente hasta el día 17 de marzo (en que habla de los funerales del obispo don Juan Alfonso de Alburquerque); como se sabe, el historiador fallece pocas semanas después, el 5 de mayo de 1874. Su vida aparece evocada por otros ilustres cordobeses del momento, como Borja Pavón, que nos legó un elogio necrológico pronunciado, el 9 de mayo, en la academia cordobesa, puesto que Luis María era académico y había tenido diversos cargos en la misma. Había ingresado en esta institución el 4 de marzo de 1841 y el 31 de diciembre de 1842 fue nombrado censor y reelegido en el mismo cargo el 20 de enero de 1853; el 16 de marzo del año citado se le concede el título de académico de mérito<sup>12</sup>, denominación que parece corresponder a la actual de académico numerario.

---

<sup>12</sup> Rafael Ramírez de Arellano, *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras*, op. cit., p. 505.

La falta de vocación médica, desde el momento en que se decide a estudiar medicina, como resultado de la imposición paterna, con unos 18 años, fue algo que arrastró el personaje en las primeras etapas de su vida (“Este error de mi padre –escribe en sus Memorias– en un punto de tanta trascendencia, ha sido causa de todas mis desgracias y de mi mala ventura”, p. 39, y en otro lugar afirma: “La Medicina sólo sirve en la desgracia para morirse de hambre”, p. 61, n. 25). Él hubiera querido seguir la profesión del padre, escribano (que equivaldría aproximadamente al actual notario), algo que tendría que haberlo enriquecido, pero el hecho es que, a la muerte del padre, en 1822, el joven estudiante se percata de la ruina familiar (sólo encuentra 14.000 reales en oro, p. 43), algo incomprensible en un oficio que solía producir buenos resultados económicos; pero el hecho es que Luis queda prácticamente en la ruina, aunque va adquiriendo con el paso del tiempo una buena formación intelectual, lo que le permite ir tirando, como coloquialmente se dice, pero también malvivir en muchas ocasiones.

Cuando falleció era muy pobre, hasta tal punto que el Ayuntamiento tiene que costear su sepultura y además acuerda dar su nombre a la calle de los Dolores, que ahora mismo lo sigue llevando, puesto que allí había fallecido el escritor, en el número 12<sup>13</sup>. No tiene suerte Ramírez, ni siquiera después de muerto: la Academia había solicitado del Ayuntamiento que, para honrar le memoria del difunto y remediar un poco la triste situación económica de la viuda y los hijos, se colocase el retrato del historiador en el salón capitular del consistorio, se acabase la construcción del sepulcro, con una losa, una verja y algún adorno, la edición de algunas de sus obras en beneficio de la familia e incluso alguna protección efectiva, económica, a sus herederos y sólo se consigue la colocación del retrato, la lápida y nada más<sup>14</sup>. La ingratitud de las instituciones oficiales con muchos de sus hijos ilustres suele ser notoria.

Ejerce la medicina en Bujalance y en otras localidades de la provincia de Córdoba (Villafranca, El Carpio y Pozoblanco; en todas ellas fue médico titular), y obtiene buenos resultados en muchas ocasiones, algo que él recalca en sus memorias. Comienza como médico titular en Bujalance; a finales de 1826 le llega la noticia de que hace falta cubrir esta plaza:

---

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 510.



Bujalance en la segunda mitad del siglo XVIII (*El Atlante Español*, 1787).

Llegó a mí noticia, por aquellos días, que iba a vacar la plaza de médico de Bujalance, y que en esta ciudad no había más que el titular, y esperando por esta causa y por ser una población grande establecerme allí bien, me resolví a marchar a ella (p. 59).

Es lo que hace en los primeros días del año siguiente:

La necesidad me obligó a salir de mi casa con bien pocos recursos y como a la aventura. En Bujalance me hicieron muy buena acogida los sujetos a quienes iba recomendado, especialmente un matrimonio rico y sin hijos, que era D. Francisco de Luque y D<sup>a</sup> María de los Dolores Navarro, señora de talento y de muy buen corazón. Me coloqué en una casa bastante inferior que fue lo que encontré, manteniéndome yo por mi cuenta, con la esperanza de mejorar de situación; y aunque el pueblo, como vi después, no era en aquel tiempo a propósito, por varias razones, para que un médico hiciese fortuna, pero siendo uno solo el que hubiese, como yo me lisonjeaba de que iba a ser al menos por algún tiempo, no podía menos de hacer un decente establecimiento y así me lo pronosticaban mis protectores. Solicité la plaza de médico titular a méritos y sin sueldo y de este modo la obtuve sin dificultad (id).

Claro que, en el ejercicio de la medicina, le sale un competidor, otro médico que venía de Encinas Reales, aunque era valenciano de origen, se instala en el lugar y le quita la clientela, porque era un hombre adulator, con experiencia, en tanto que él era mucho más joven, aunque con mayor formación teórica:

Se decía en el pueblo que aunque yo era estudioso y de talento, pero que principiaba entonces a ejercer y que mi comprofesor era, por sus años, de más práctica y experiencia. En tal estado mi establecimiento no progresaba, y con las pocas casas ricas que visitaba y con no pagarme los pobres el triste honorario de un real por la visita, absolutamente no podía vivir (p. 60).

El resultado es que decide marcharse a otro sitio y se traslada a Villafranca (p. 63), aunque sin cortar su relación definitivamente con el pueblo anterior, donde tenía algunos clientes y amigos; por último vuelve otra vez a Bujalance, es el año 1829 y sigue allí hasta finales de 1830, en que pasa a El Carpio (p. 69). Interesa destacar de esta estancia con intercadencias que durante varios años, unos ocho aproximadamente, al menos desde principios de 1827 hasta 1835, está relacionado con esta comarca y sus gentes, por las que siente aprecio y entre las que tiene algunos amigos, a los que intenta curar, en 1835, de una epidemia de cólera, cosa que no consigue en algunos casos, aunque sí en otros; el matrimonio rico de Bujalance, sus protectores, fallece como consecuencia de esta enfermedad (p. 81).

Algún tiempo después, por los años de 1838-1839, lo encontramos ya iniciándose en los estudios geográficos e históricos, animado a ello por el escritor costumbrista Serafín Estébanez Calderón, el cual

teniendo noticia de mi afición a las letras y del estudio que hacía de las antigüedades e historia de Córdoba –escribe–, fue a visitarme. Vio mis manuscritos de la corografía que estaba escribiendo, le consulté, como inteligente en el árabe, la etimología de algunos nombres de este idioma, hablamos largamente de varios puntos literarios, y el corto tiempo que permaneció en ésta, le acompañé para que viese algunas cosas notables (p. 95).

El hecho es que ha abandonado paulatinamente los estudios de medicina por los de historia y literatura; ésa es la fama de que goza entre sus compañeros de su primera profesión:

Mis compañeros, con no muy sana intención, me celebraban como literato, y al mismo tiempo decían que yo no pensaba más que en “poesía”; más adelante ya no decían esto, sino que no tenía gusto sino en las “antigüedades”, pues para ellos lo mismo es la historia que las antigüedades (p. 95).

Así que, cuando viaja a la corte y los periódicos hacen alguna referencia al mismo, el apelativo que se le aplica es el de literato, pero también se dice de él que es un “infatigable investigador de las antigüedades de Córdoba”<sup>15</sup> (p. 293).

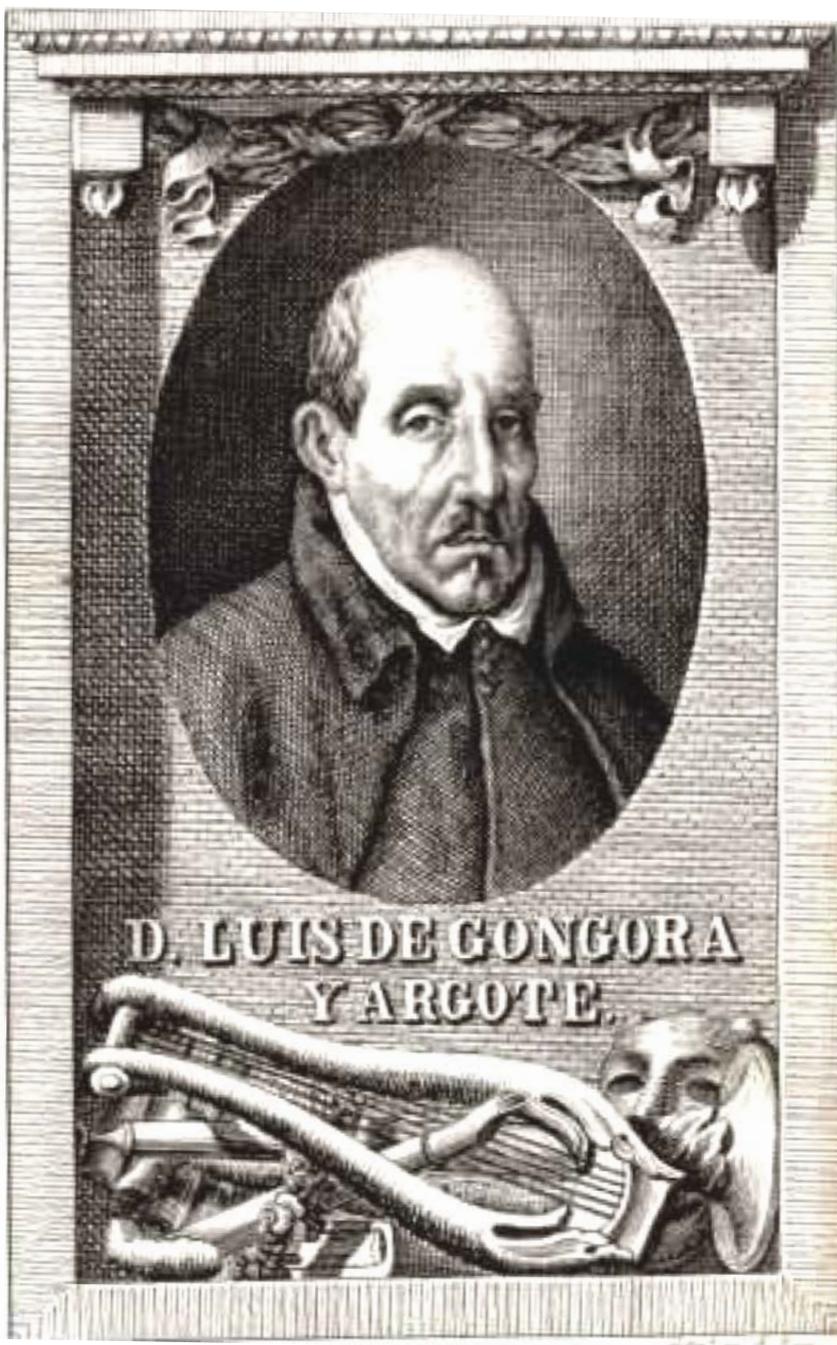
### **Los editores cordobeses de don Luis de Góngora: la edición de Ramírez y de las Casas-Deza**

La presencia de un escritor en el canon literario depende de diversos factores, entre los que hay que señalar las ediciones y estudios que se le dedican a lo largo del tiempo. Conocemos a autores importantes de nuestra cultura áurea que permanecen en un discreto segundo plano, en la *aurea mediocritas*, que diría Horacio (pensemos, por ejemplo, en Francisco de Aldana o en Juan Boscán), en tanto que otros, considerados ingenios fundamentales en su momento, como nuestro cordobés Ambrosio de Morales, en la actualidad carecen de lectores y de los necesarios estudios.

No sucede así con don Luis de Góngora. Y, en parte, se debe, no sólo a su calidad intrínseca, ahora indiscutible (pero ampliamente discutida y rechazada en muchos momentos del pasado por parte de cualificados estudiosos), sino también a la casi continuada atención de que ha sido objeto y que se ha concretado en diversas investigaciones sobre su vida y su obra. Además, junto a este acercamiento crítico, hay que contar también con la edición de variadas selecciones de su producción poética. En el ámbito editorial cordobés, bastante limitado como ciudad de provincias que es, Góngora ha tenido al menos cuatro ediciones relevantes durante los siglos XIX y XX (hasta mediados de este último siglo), lo que resulta indicativo del interés y de la atención que sus paisanos han querido prestar siempre al gran poeta. Y, como intentaremos poner de relieve a lo largo de estas líneas, con frecuencia

---

<sup>15</sup> Es la apreciación de Rodrigo Amador de los Ríos, “Lápida arábica de la puerta de Las Palmas en la Catedral de Córdoba”, *Revista de la Universidad de Madrid*, segunda época, t. quinto, 1875, p. 293.

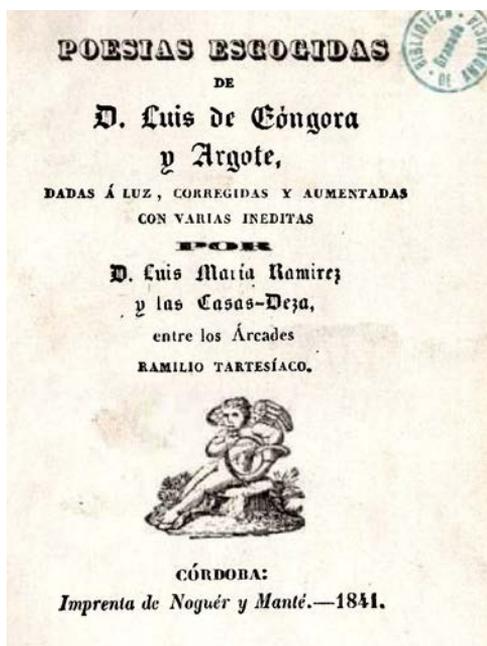


Retrato de Góngora en la edición de Ramírez y de las Casas-Deza.

algunas de estas ediciones se han gestado a la sombra de la Real Academia de Córdoba que, en las centurias indicadas, ha servido al autor de las *Soledades* de abrigo protector y constante, en tanto que otras veces han sido sus individuos, académicos numerarios y correspondientes, los encargados de promover o llevar a cabo diversas publicaciones, aportaciones textuales que posiblemente hubieran tenido más eco y huella de haberse realizado en otros centros editoriales más importantes (pensemos en Madrid o en Barcelona, por ejemplo).

Con todo, no son desdeñables los textos a los que nos referiremos, porque suponen una continuidad crítica visible a lo largo de dos siglos, sin contar con las biografías, estudios parciales y ensayos más o menos valiosos que se le han ido dedicando a Góngora también por parte de eruditos e investigadores cordobeses, personajes que suelen ser con frecuencia académicos de esta docta institución.

Señalemos, de entrada, las ediciones gongorinas que queremos destacar. En 1841, se publica en la Imprenta Noguér y Manté, de Córdoba, un volumen titulado *Poesías escogidas de don Luis de Góngora y Argote*, “dadas a luz, corregidas y aumentadas con varias inéditas por D. Luis María Ramírez y de las Casas-Deza, entre los Arcades Ramilío Tartesiaco”, tal como se indica en la portada. De 1918, hace ahora cien años, es la antología *Las mejores poesías de Góngora*, “seleccionadas y prologadas por M[arcos] R[afael] Blanco-Belmonte”, poesías que vieron la luz en Madrid, por Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores, un texto impreso mucho antes de que se iniciara la recuperación profunda y visible de Góngora<sup>16</sup>



Portada de la edición de Góngora (1841).

<sup>16</sup> Entre otras cuestiones de interés de esta pequeña antología (son unas 250 páginas, en formato octavo), se nos dice que ya en 1877 se decía misa en la capilla de San Bartolomé por el alma de Góngora, una celebración que se reivindica desde nuestra

por parte de los poetas del 27. Con una tirada de cuatro mil ejemplares, extraordinaria para su momento, como se indica en el colofón del volumen, esta Real Academia edita en Córdoba, en la Imprenta de El Previsor, en 1927, el texto titulado *Versos de Góngora. En el III Centenario del óbito del poeta*, que lleva prólogo o proemio de José Priego López, académico numerario. Finalmente, en Buenos Aires, Argentina, en la editorial Sopena Argentina, en agosto de 1949, para la primera edición, aparecen dos volúmenes que contienen las *Poesías completas* de Góngora (*Romances, letrillas y décimas*, en el tomo I; *Sonetos, poemas y poesías sueltas*, en el tomo II), con prólogo y notas de Niceto Alcalá-Zamora y Torres, ilustre personaje, nacido en Priego de Córdoba y en el exilio argentino en esta época. Están incluidas estas poesías completas en la “Biblioteca Mundial Sopena”; además, se indica en la portadilla, que se trata del “texto íntegro de acuerdo con el original”. Todos los editores mencionados (Luis María Ramírez y de las Casas-Deza, Marcos Rafael Blanco Belmonte, José Priego López y Niceto Alcalá-Zamora y Torres) son cordobeses y casi todos pertenecen a nuestra academia. Y es que la academia cordobesa se había interesado desde su fundación por la figura y la obra de don Luis de Góngora; se trata de una atención discontinua, pero que nos parece de interés resaltar.

Ya en las primeras sesiones de la recién nacida institución, concretamente en la tercera, que tuvo lugar el día 29 de noviembre de 1810, el señor censor leyó una *Disertación sobre el mérito de don Luis de*

---

Academia. Así escribe Blanco-Belmonte: “Hace treinta y nueve años, una mañana de mayo, un niño, de la mano de su padre, recorrió el *galerión* del lado derecho del Patio de los Naranjos, y penetró en la Mezquita-Catedral de Córdoba. Ya en ella, padre e hijo, siguiendo rectamente la primera nave costera con el muro occidental, fueron a detenerse en el ángulo formado al sur por la Capilla de San Bartolomé que, sobre un altar de azulejería de la centuria decimocuarta, muestra un lienzo con el trasunto del martirio del santo titular.

Tres o cuatro señores aguardaban junto al cancel. Un sacerdote, revestido con ornamentos fúnebres rezó una misa de *Requiem*; tras de la misa disolvióse la reunión, que estuvo presidida por el sabio humanista y erudito literato D. Francisco de Borja Pavón, más tarde Cronista de Córdoba.

Al salir al Patio de los Naranjos, el padre dijo al pequeñuelo:

–Acabas de asistir a una misa celebrada, hoy veintitrés de mayo de mil ochocientos setenta y siete, en la Capilla donde desde hace doscientos cincuenta años descansan los restos del poeta don Luis de Góngora”, *Las mejores poesías de Góngora*, selección y prólogo de M. R. Blanco-Belmonte, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos, 1918, p. 21.

*Góngora*. Tiene el cargo de censor en las primeras reuniones académicas don Rafael Pereira, abogado de los reales consejos y profesor de jurisprudencia. El mismo personaje lee otros dos textos que no están lejos de la órbita de influencia gongorina, uno sobre Pedro de Valencia, al que entonces se consideraba cordobés, titulado precisamente *Elogio del literato cordobés Pedro de Valencia* (22 de agosto de 1811), y una égloga latina intitulada *Arcadia* (11 de noviembre de 1811), en elogio de la academia. No tenemos noticia de que estas aportaciones se publicaran, como tampoco lo fueron otros discursos de la misma índole de aquellos años. En realidad, el interés de la academia se centraba más, en estos momentos, en cuestiones de carácter científico y práctico, aun cuando la amena literatura y su estudio fuesen algunos de sus objetivos primordiales, de acuerdo con los estatutos de fundación, en los que se señalaba (artículo 28) lo siguiente: “En un cuerpo literario las conferencias deben llevarse la primera atención, por lo cual en todas las juntas ordinarias habrá siempre conferencias”. Claro que el significado del término *literario* era más amplio que el de ahora, como se observa en numerosos y conocidos textos neoclásicos.

Sobre el contenido de aquella primera sesión académica en torno a Góngora tenemos alguna otra noticia, transmitida por el mismo fundador de la institución, don Manuel María de Arjona, que inaugura el acto con la lectura de un poema propio, titulado “La sombra de Séneca”, y da un título algo cambiado para la intervención de don Rafael Pereira, con la designación de “Crítica imparcial de don Luis de Góngora”, de la que comenta lo siguiente: “El autor después de exponer las vicisitudes que ha sufrido el crédito poético de Góngora, alternativamente demasiado alabado y demasiado censurado, demuestra que sus yerros son tan indudables como separables de sus bellezas masculinas y originales; juicio en que están ya de acuerdo los críticos de mejor gusto, por lo que no teme aplicar al poeta cordobés el mote de nuestra Academia: *renascentur quam iam cecidere*”. En otro lugar, al referirse a Lucano, dice del poeta latino que “ha seguido la misma suerte de Séneca y de Góngora, despreciado por unos y ponderado por otros”.

Como hemos estudiado en otro lugar, se produce a lo largo del siglo XIX una reprobación generalizada de la poesía gongorina, por lo que resultan más significativos los discursos del censor don Rafael Pereira, sobre el mérito literario del poeta, uno de los cuales nos parece precisamente una apología (suponemos que de la poesía más popular de nuestro poeta). Mucho más relevante es la edición gongorina

que lleva a cabo Luis María Ramírez, que ingresó en la institución en 1841, y que editó ese mismo año el volumen antes indicado, con más de doscientas páginas de composiciones poéticas.

El libro presenta además una extensa introducción, de más de treinta páginas, en la que se incluye una dedicatoria, “Al muy ilustre señor D. Ignacio de Argote Mosquera de los Cobos Jiménez de Góngora Hervás y Cárcamo, Marqués de Cabriñana y Villacañas, etc.”, que puede considerarse, en cierto sentido, descendiente colateral de Góngora: “pertenecía –dice el editor– por esta [varonía] a la casa y familia que V. S. representa”. Además, señala Ramírez que ha utilizado en su edición el manuscrito gongorino de la Biblioteca Episcopal de Córdoba, perdido desde entonces o poco después, y que ha procedido a seleccionar las composiciones más significativas: “salen de nuevo a pública luz, segregadas de las que fueron parto de lastimosos extravíos, en que malogró tantas veces su elevado y florido ingenio” (grafía actualizada). A continuación incluye una amplia “Noticia de la vida y escritos de don Luis de Góngora y Argote”, en la que anota hechos fundamentales de su trayectoria vital (nació el jueves 11 de julio de 1561, p. IX; sus pependencias de juventud; su estancia en la corte, durante treinta años, donde sólo consiguió una Capellanía de honor del rey Felipe III, y dos hábitos de Santiago para sus sobrinos, concedidos por el Conde-Duque; la enfermedad del año 1626, que le había privado de la memoria; su muerte, la tarde del lunes 23 de mayo de 1627, a los 69 años, 10 meses y 13 días de su edad; su sepultura en la capilla de San Bartolomé de la Iglesia Catedral, “donde –añade– no existe memoria alguna que indique el sitio donde yacen los restos de este celebrado ingenio” (p. XIII).

El aprecio que tiene Ramírez por la obra gongorina no difiere de la que sustentan otros ingenios neoclásicos de la época, y al respecto comenta que, después de las poesías de juventud, el escritor “dio en precipicios y derrumbaderos que malograron desgraciadamente su rica y florida vena” (p. XIII). Respecto a la tradición textual gongorina, el crítico cordobés parece estar al tanto de la mayoría de sus componentes: el manuscrito de don Antonio Chacón, Señor de Polvoranca, el de don Manuel de Faria y Sousa, el de las cartas de don Luis, que estaban en el Archivo de la Casa del Corral y por entonces eran propiedad de los Marqueses de la Motilla, etc. Igual sucede con las ediciones, puesto que conoce tres ediciones de Gonzalo de Hoces y Córdoba (1639, 1648 y 1659), además de los defensores y comentaristas más significativos. Concluye el prólogo con una larga cita de Quintana, en la que

de nuevo se hace patente que “son del todo ininteligibles” los poemas mayores, es decir, las *Soledades* y el *Polifemo*. Señala, además, que don Juan María Maury lo llamó ángel de tinieblas<sup>17</sup>, en su *España poética*, una calificación que tendría cierta fortuna.

En cuanto a la edición de los poemas, Ramírez incluye, en sendos apartados, canciones (6), sonetos (11), romances (31), romances cortos (8) o romancillos, y letrillas (39), la sección más extensa, en la que se inserta también un fragmento de la comedia *Las firmezas de Isabela*, las letrillas que dice el criado Tadeo: “Nunca yo entrara a servir” (p. 205). Claro que hay poemas apócrifos en esta recopilación que el editor considera auténticos, pero no es el único que incide en esta apreciación; así sucede con los romances “Recibí vuestro billete” (p. 63), que estaba ya en las *Delicias del Parnaso*<sup>18</sup>, pero no es de don Luis, o el titulado “Así Riselo cantaba”, que es de Liñán, o “Soledad que aflige tanto”, que se adjudica a Salinas.

Se trata, en conjunto, de una edición apreciable y cuidada, en la que sólo se echa de menos algunos fragmentos de los grandes poemas gongorinos, sobre los que entonces había caído, como se sabe, el anatema de los poetas y de los críticos.

Pero don Luis María Ramírez merece el agradecimiento de los gongoristas por otras cuestiones anejas a la edición citada, como un cuaderno manuscrito titulado *Testimonios y noticias varias de don Luis de Góngora y Argote*, donde leemos detalles curiosos para la tradición local cordobesa; así, dice que los padres “habitaban en una casa principal situada en la calle de las Pavas la cual se hizo solar en los años pasados (1857) y después se ha reedificado muy modestamente; y allí debió nacer don Luis y allí se casó su hermana doña Francisca con don Gonzalo de Saavedra, 24 de Córdoba, nieto del conde de Castellar, de quienes descienden los Rivas”. El hermano mayor de don

---

<sup>17</sup> “Nous voilà en présence de ce grand coupable, qui, semblable à l’ange rebelle, plutôt que de faire nombre avec les bons esprits, voulut être le prince des ténèbres!, Juan María Maury, *Espagne Poétique. Choix de poésies castillanes depuis Charles-Quint jusqu’à nos jours, mises en vers français*, Paris, Librairie Universelle, 1826, tome I, p. 243.

<sup>18</sup> *Delicias del Parnaso, en que se cifran todos los romances líricos, amorosos, burlescos, glosas y décimas satíricas del regocijo de las musas del prodigioso don Luis de Góngora*. Recogido todo de sus originales y corregido de los errores con que estaban corruptos, Barcelona, Pedro Lacavallería, 1634, f. 111 v., grafía actualidad. Tenemos a la vista la edición facsímil de esta obra (Madrid, Espasa-Calpe, 1977).

Luis se llamó don Juan y de él descienden los Marqueses de Cabriñana (f. 1 r.). También cuenta detalles menores de su biografía, como que cuando era niño se cayó y se hirió en la cabeza, de cierta gravedad, cuando trepaba “por la barbacana de la huerta del Rey”; los médicos lo desahuciaron y sanó gracias a una reliquia de San Álvaro. En este folleto transcribe también la partida de defunción del poeta, habla del manuscrito de la biblioteca episcopal, que fue robado en 1836 y parecía de puño y letra del mismo lírico. Inserta al final algunas anécdotas que no son lo menos gustoso del texto; una de ellas dice: “Había en Córdoba una familia cuyo padre era bujarrón, y un día le dijeron a don Luis: –¿Sabe V. que el hijo de don N. ha descubierto mucho talento para poeta? A lo que contestó don Luis: –Pues más vale ser poeta que puto”<sup>19</sup>.

A él se debe también el texto del epitafio latino que se inscribió en la lápida funeral de la capilla de San Bartolome<sup>20</sup>. Junto a este puede

---

<sup>19</sup> Una versión más larga de esta anécdota y un tanto dulcificada en las expresiones se encuentra en la edición de Luis de Góngora y Argote, *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé y Giménez, Madrid, Aguilar, 1972, pp. 1218-1219, donde se indica que está tomada del *Ensayo* de Ramírez de Arellano y éste, a su vez, de un manuscrito de Vaca de Alfaro, existente en la Colombina. Se trata del manuscrito *Varones ilustres de Córdoba*, que puede verse en José Luis Escudero López, *Córdoba en la literatura. Estudio bio-bibliográfico. (Siglos XV al XVII). El Ms de E. Vaca de Alfaro*, Córdoba, Universidad, 1988, pp. 446-447, para la anécdota citada. Entre los estudios recientes sobre Vaca de Alfaro, nos parece interesante y clarificadora la tesis doctoral de María Ángeles Garrido Berlanga, *La obra poética de Enrique Vaca de Alfaro: edición y estudio de la Lira de Melpómene*, Sevilla, Universidad, 2016 (consulta on line).

<sup>20</sup> En sus *Memorias* inserta el texto siguiente:

D.O.M.  
 Ludovico de Gongora y Argote cordubensi  
 Almae hujus ecclesiae portionario  
 Philipp III et Philippi IIII Hispaniarum et Indiarum  
 Potentissimorum regum  
 Sacerdoti familiari  
 Poetae toto orbe notissimo et celeberrimo  
 Ingenio magno leporum vernaculi idiomatis  
 Et facetiarum cognitione incomparabilis  
 Ejus consaguineus  
 Excellentissimus D. D. Ignatius Maria de Argote  
 Cabrinnae marchio  
 Inclyti viri memoriam honoratus  
 Erigendum curavit.

figurar igualmente, en su aprecio por el poeta del siglo XVII, el aristócrata don Ignacio Martínez de Argote y Salgado, Marqués de Cabriñana del Monte, al que se debe un volumen de poesías (1866) en el que se encuentra un soneto de regular factura dedicado a Góngora, con el que tenía alguna lejana relación de parentesco, como se indica en el título de la composición: “Al descubrimiento que hice de los restos de mi pariente don Luis de Góngora y Argote”<sup>21</sup>.

---

*Biografía y memorias especialmente literarias, op. cit.*, p. 179. En nota se añade que “Este epitafio sufrió después alguna alteración y fue mejorado”. El texto fue incluido por Artigas en su biografía, comentando al respecto: “Don Luis María Ramírez de las Casas Deza, compuso una inscripción latina, que esculpida en la lápida de mármol blanco que cierra el nicho, dice así:

D.O.M.

Ludovici de Gongora y Argote

Cordubensis

huius almae ecclesiae portionarii

Philipp III. et Philippi IV.

Sacerdotis familiaris

Poetae lepidissimi

ingenio et vernaculi idiomatis salibus

et facetiis celeberrimi

qui fata cessit

decimo. cal. junias anno domini MDCXXVII

mortales exuvias sine titulo conditas

eius consaguineus

Excel. dom. Ignatius Maria de Argote et Salgado

Cabrinnanae marchio

honestandas desiderans

hoc monumentum erigendum curavit

anno MDCCCLVIII

Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Revista de Archivos, 1925, pp. 198-199.

<sup>21</sup> El texto dice así:

De ardiente inspiración genio fecundo  
Orgullo y gloria de la hispana gente,  
Ciñe lauro inmortal tu noble frente,  
Tu fama es grande, como grande el mundo.  
¡Ah! yo te miro en tu anhelar profundo  
Beber ansioso en la Castalia fuente  
Las purísimas aguas que a tu mente  
Dieron vuelo gigante y sin segundo.  
Allí cantaste a Angélica y Medoro,  
Los claros timbres de la patria historia,  
Con resonante voz y lira de oro.



Don Ignacio Martínez de Argote, Marqués de Cabriñana.

---

Más ¡ay! que al esplendor de tanta gloria,  
Al hallar de tus restos el tesoro,  
No encontré ni una piedra a tu memoria (p. 49).

Este personaje, que había nacido en Córdoba (fue bautizado en Villaharta) y que fallecería en Niza, en abril de 1891 (con 71 años), se consideraba en cierta manera descendiente de Góngora y había acariciado, dice un biógrafo suyo, también gongorista cordobés, don Francisco de Borja Pavón, el proyecto “de levantar un monumento funerario al afamado vate y deudo suyo en la capilla de San Bartolomé de la Catedral de Córdoba, el cual designio insinúa, con delicada y algo amarga reticencia, estaban en expectativa y pendiente del Cabildo Eclesiástico de su patria” (Francisco de Borja Pavón, “Excmo. Sr. D. Ignacio Argote y Salgado, Marqués de Cabriñana”, en *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos especialmente cordobeses*, Córdoba, La Unión, 1892, p. 207. Sobre este personaje *vid.* ahora el documentado estudio de José Manuel Escobar Camacho, “Francisco de Borja Pavón y López, patriarca de las letras cordobesas” (1814-1904), en *Académicos en el recuerdo*, I, coord. José Manuel Escobar Camacho y Francisco Solano Márquez, Córdoba, Real Academia, 2017, pp. 69-132). Se dice de él que coleccionaba libros (algún importante manuscrito gongorino), pinturas y objetos de arte, que franqueaba a los estudiosos, pero solía vivir con preferencia en el extranjero. Finalmente obtuvo permiso “para erigir –indica de nuevo su biógrafo– a su costa el sepulcro mural de Góngora en la capilla de San Bartolomé de nuestra catedral, donde hoy se contempla con expresivo epitafio latino. La historia del asunto consta en los diarios de la época y en discurso que ofrecimos al Ateneo cordobés, acerca de Góngora en 1888” (Borja Pavón, *Necrologías*, *op. cit.*, p. 220). Nos resulta simpático D. Ignacio, Marqués de Cabriñana, por ese deseo de revalorizar la memoria de nuestro escritor.

## **Los Arcades de Roma y la poesía de Ramírez: la *Oda a la independencia de Grecia***

El historiador cordobés, también interesado en la literatura, como hemos visto al tratar de su edición gongorina, es también autor de bastantes poemas sobre los que apenas se ha llamado la atención. Y precisamente por la publicación de una de estas composiciones es recibido como académico entre los Arcades de Roma, algo que parece llenarlo de satisfacción. Así lo recuerda en sus memorias:

Deseaba yo mucho pertenecer a la famosa Academia de los Arcades de Roma, y, cuando leía de algún escritor antiguo o moderno que había sido árcade, se inflamaban más mis deseos, pero veía muy difícil el conseguir este grande honor literario. Sucedió pues que el vicario eclesiástico del Carpio, D. Juan de Rojas y Ruano, recibió una carta de un agente de Roma en que se le ofrecía para los asuntos que en aquella corte se le ocurriesen, lo que me participó aquel señor. Aprovechando yo la oportunidad, le escribí preguntándole los requisitos necesarios para ser admitido entre los árcades, que son mandar una composición con certificado de las autoridades para hacer constar que el que la manda es su verdadero autor, que ésta sea aprobada, y pagar cierta cuota. Sabido esto, y no teniendo yo entonces composición alguna de interés general que la Oda a los Griegos, se la remití, y, al cabo de algún tiempo, supe que había gustado y me remitieron el Diploma de árcade supernumerario, que es la clase de entrada y el de numerario a que se pasa después (p. 75, correspondiente al año 1831).

Efectivamente, con el nombre o seudónimo de Ramilio Tartesiaco (que viene a significar aproximadamente Ramírez de Tartesos, por la civilización antigua que pobló Andalucía), encontramos al Ramírez ufano de este nombramiento en la portada de algunas de sus obras, como las mencionadas *Memorias*. Por aquellos años del primer tercio del siglo XIX hay otros escritores españoles que también pertenecen a la clásica Academia de la Arcadia o de los Arcades de Roma (institución fundada en 1690, desarrolló una gran labor en los siglos XVIII y XIX, y continúa realizando actividades en la actualidad). Entre estos arcades encontramos a Leandro Fernández de Moratín, con el nombre de Inarco Celenio, y a su padre, Nicolás Fernández de Moratín, designado como Flumisbo Thermodonciaco; Ramón de la Cruz, bajo el

seudónimo de Larisio Dianeio; la poetisa Antonia Díaz de Lamarque<sup>22</sup>, la cual desde la portada de sus libros, como era usual, nos indica su sobrenombre, Eufrosina Elisea, o el menos conocido Gaspar Bono Serrano, llamado entre los arcades Argiro Latmio. Este último, el presbítero Gaspar Serrano, dedica una epístola en verso “A la academia de los Arcades de Roma” (Guadalajara, 1846), en la que se incluyen múltiples elogios de la misma, como “noble Academia, que de Arcadia / el inmortal renombre perpetúas”; para obtener el nombramiento de la academia italiana este escritor había enviado a la misma un amplio poema titulado “Nuestra Señora del Pilar. Canto sagrado”, de la misma manera que Ramírez hizo con su “Oda a la independencia de Grecia”, sobre la que volveremos.

La labor poética de Luis María Ramírez ha tenido escasa o nula aceptación; no se ha reparado apenas en la misma, que sepamos, no se ha examinado con criterios literarios el tomo manuscrito de sus poesías, con frecuencia omitido, y ni siquiera antologías como la de Juan Valera (*Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, en cinco volúmenes, 1904-1905) lo citan como poeta<sup>23</sup>.

Y sin embargo, nos ha dejado un extenso manuscrito de composiciones poéticas originales, sin estudiar aún, en el que se incluyen textos escritos a lo largo de su vida, desde su juventud hasta edad bastante avanzada; así hay poemas de 1825 (“A un sitio ameno cordobés”, que lleva la indicación “Primero soneto que hizo el autor”) hasta el último, fechado el 2 de abril de 1872 (recordemos que el autor fallecería el 5 de mayo de 1874). El volumen está integrado por odas y otros poemas extensos (el primero “A la libertad de la Grecia”), sonetos, apólogos (sólo seis) y composiciones de versos cortos y letrillas. Pueden tener interés literario, en mayor o menor medida, el primer soneto, inspirado en un pensamiento de Ovidio (enero, 1828); otro dedicado a Sócrates, el que se titula “A la casa de Miguel de Cervantes en Madrid”, otro “A la Fortuna”, “A Baco”, el XVI, dedicado a la fugacidad del tiempo, el XVII, “A la conquista de Córdoba” y el XXI, “Al sabio e insigne poeta don Manuel María de Arjona: habla Córdo-

---

<sup>22</sup> A esta escritora dedica Ramírez su poema “Recuerdos de la niñez” (de 1863), incluido en su manuscrito de *Poesías, Papeles*, tomo 110, al que nos referimos en este apartado.

<sup>23</sup> Ramírez dedica un poema a Valera, incluido en su colección poética manuscrita, el número XVII, “Al Ilustrísimo Señor Don Juan Valera y Alcalá Galiano”, fechado el 8 de agosto de 1869.

ba”, fechado en 1838, y, entre los poemas de versos cortos, “Recuerdos de la niñez” (de seis sílabas), que parece evocar similares situaciones gongorinas, aunque se precisaría más atención y tiempo del que disponemos en esta ocasión. Citemos, sin embargo, alguna muestra de su estilo, como el soneto dedicado a Arjona:

Yo, la colonia que pobló primero  
de patricios ilustres al romano,  
en mi seno nacer vide a Lucana  
y a aquel famoso preceptor de Nero.  
Di a luz después con ceño placentero  
de Céspedes el genio soberano  
y a Góngora y a Rufo el cortesano  
y a Mena entre mis hijos yo numero.  
Mi lustre, siendo esclarecida cuna  
de tantos y tan célebres varones,  
glorias de otras ciudades no ambiciona;  
y sólo envidia a la pequeña Osuna,  
que el mayor entre todos sus blasones  
cuenta el ser patria del insigne Arjona.

(Córdoba, 1838).

Entre los poemas de más aliento de este historiador metido a poeta figura el ya citado “Oda a la independencia de la Grecia”, compuesto en 1833, según la fecha que figura en el impreso que lo incluye. Se editó en Sevilla.

Se trata de una composición bastante extensa, de casi quinientos versos (487, si nuestro cómputo es correcto), agrupados en 25 estancias, en las cuales alternan los versos endecasílabos y heptasílabos a manera de silva, aunque nos parece que no tiene un esquema métrico fijo en todas las ocasiones. Es un texto que ha exigido bastante elaboración por parte del poeta y alguna documentación previa, aunque está hablando en la mayor parte del mismo de un suceso histórico relativamente reciente, la independencia de Grecia respecto a los turcos, algo que tiene lugar entre 1821 y 1832, y que tiene amplia repercusión en diversos textos literarios europeos porque Lord Byron fallece en una de estas campañas, a consecuencia de una enfermedad, en 1824, tras intervenir en uno de sus hechos más resonantes, el sitio de la ciudad de Missolonghi, citada también por Ramírez, aunque el cordobés no se refiere expresamente al poeta inglés. Mucho más tarde, Marcelino Menéndez Pelayo escribiría una “Imitación del himno a Grecia, de

Lord Byron” (1878) y Gaspar Núñez de Arce, el más conocido “La última lamentación de Lord Byron” (1879), con ambientes que prefiguraría nuestro poeta. Entre las posibles fuentes de inspiración de Ramírez habría que citar, junto con la prensa de estos años, algún impreso dedicado a este hecho, como el de Marcos Manuel Río y Coronel, *Compendio histórico del origen y progresos de la insurrección de los griegos contra los turcos, desde el año de 1821 hasta la llegada a Egina del presidente actual de la Grecia, Conde de Capo de Istria*, Madrid, Ramos y Compañía, 1828, u otro similar; nótese la cercanía de fechas entre esta edición, 1828, y la del poema de Ramírez, 1833. En el volumen citado hay referencias a muchos de los personajes que luego trae a colación nuestro poeta historiador.

Estamos ante un poema de carácter heroico, que recuerda recursos y composiciones clásicas similares, como la invocación a la diosa (en este caso a Clío, musa de la historia), y va contraponiendo luego el pasado esplendor del pueblo griego con la desgraciada situación de su momento presente, oprimido por los turcos, de los que logra finalmente liberarse. La evocación de las batallas y de sus héroes ofrece de forma ocasional algunos rasgos que pudieran derivarse de Ossian, aunque el tono general de los versos es perfectamente clásico, en la línea de Quintana o de Lista, sin que se aprecien apenas rasgos románticos, movimiento que está surgiendo en torno a estos años iniciales de la centuria decimonónica. (Tengamos en cuenta, como referencia cronológica, que *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas, que supone la eclosión del romanticismo en el teatro, se estrena en 1835).

Tomamos el texto del volumen *Memorias literarias de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Tomo II. Publicado a expensas de su director don Francisco del Cerro*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843, pp. 215-232, actualizando las grafías que no tengan interés fonético y anotando someramente algunos personajes, términos y expresiones.

De esta forma consideramos que la visión conocida de la obra de Ramírez y de las Casas-Deza adquiere una perspectiva nueva, que no consideramos irrelevante y que implica un enriquecimiento del personaje, en el que queremos destacar también valores y reconocimientos literarios que persiguió (y a veces consiguió) a lo largo de su vida.



En *La massacre de Scio (La matanza de Quíos)* Eugène Delacroix plasmó en 1824 un cruel episodio de la guerra de independencia de los griegos contra los otomanos.

## Apéndice

*Oda a la independencia de la Grecia,*  
por D. Luis María Ramírez y Casas-Deza.  
Año de 1833

Hos animat patriae pietas et dulcis amenae /  
Libertatis amor...<sup>24</sup>

### Oda

[1] Pues que tú, docta Clío<sup>25</sup>,  
trasmites a la gente venidera  
las ínclitas hazañas y altos hechos  
de los heroicos pechos,  
infunde al canto mío 5  
tu sublimado aliento  
y recorre mi lira placentera;  
ven... y el celeste asiento  
deja por esta vez... ¡Estás presente...!  
Te escucho... el estro ardiente 10  
de mis tibios sentidos se apodera,  
y ya con rauda vuelo  
del Olimpo a la cumbre arrebatado,  
de pronto abandonado  
el humano tumulto y bajo suelo, 15  
me incitas a que cante  
de Grecia el timbre y libertad triunfante.

[p. 218] [2] Y en su excelsa mansión la sorprendida  
y ansiosa vista en derredor volviendo  
la nube tronadora 20  
girar miro en las auras suspendida  
y en los rápidos fuegos discurriendo  
so<sup>26</sup> la atrevida planta;  
y allí vestigios y memoria tanta

---

<sup>24</sup> El texto se encuentra como ejemplo de amor a la libertad en un diccionario de recursos retóricos: *Gradus ad Parnassum, sive Bibliotheca Musarum, vel novus synonymorum, epithetorum, phrasium poeticarum, ac versuum, thesaurus*, Matrini, Joachimum Ibarra, 1779, tomus secundus, p. 27, ejemplificando el término *libertas, -atis*.

<sup>25</sup> Clío es la musa de la Historia y no debemos olvidar, al respecto, que Ramírez es fundamentalmente historiador y geógrafo.

<sup>26</sup> Bajo.

la absorta fantasía contempla de los sitios y ciudades, que en remotas edades el genio del saber hizo famosos; o la virtud guerrera vencedora, que oponiendo sus timbres generosos	25     30
duda a quién dé la egregia primacía; o ya a la antigua Grecia que al través de los siglos resplandece, o a la moderna Grecia triunfadora, que con recientes glorias reverdece.	    35
[3] Ya aquel felice tiempo, que tan sólo conserva la memoria, estar presente arrobado imagino, y sus primeros pueblos examino con ansia cuidadosa, los gérmenes fecundos recogiendo del humano saber, rápidamente al término llegar de la cultura, que al hombre la natura y superior origen le destina;	   40     45
ya de Temis <sup>27</sup> divina el don recibe de sus santas leyes y aparece de reyes [p. 219] y de guerreros ínclita maestra; ya de Palas <sup>28</sup> se muestra florecer el imperio afortunado; y al fin del ancho mundo a las naciones, en las artes y ciencias bienhechoras, su benéfico influjo difundiendo, le fue más que dechado admiración o escándalo estupendo.	    50    55
[4] Empero, no dejaste ser, ¡oh Grecia!, región feraz de excelsas fantasías y de ardor divinal. Las nueve hermanas <sup>29</sup> en tus selvas umbrosas	   60

---

<sup>27</sup> Diosa de la Justicia.

<sup>28</sup> Palas Atenea, la diosa de la Sabiduría.

<sup>29</sup> Las nueve musas.

y Delio <sup>30</sup> su morada colocaron; y en tus fuentes undosas lavaron de sus sienas soberanas el dorado cabello, y se escucharon de sus cantos las dulces melodías.	65
Los blandos cisnes <sup>31</sup> , que en tan bellos días en tu suelo nacieron, los célicos <sup>32</sup> acentos repitieron que la inmortalidad ha consagrado; sin que el mundo suspenso haya admirado belleza que tu genio no creara.	70
A mármoles y bronces infundiste la palpitante vida; acción y cuerpo portentoso diste a la grata ilusión de los colores.	75
Tus rasgos pasmadores están aún en vestigios demostrando que la ardua perfección, que en ellos brilla, jamás del hombre el porfiado empeño [p. 220] gratularse podrá de conseguilla.	80
[5] Mas tu amor patrio y bélico heroísmo tan espléndidas glorias oscurece, y cual en propio suelo en tu dulce regazo y nace y crece la augusta independencia;	85
tu indomable potencia de injustas agresiones la defiende mil veces, y la clara muchedumbre de tus hijos, guerreros denodados a su sombra criados,	90
de bárbaras naciones opresoras que a torpe y onerosa servidumbre reducirte quisieron, la orgullosa arrogancia deshicieron tributándote fieles	95
de sus triunfos las palmas vencedoras y de su afán gloriosos los laureles.	

---

<sup>30</sup> Apolo.

<sup>31</sup> Los poetas.

<sup>32</sup> Celestes.



- [8] Prosigue, oh musa; dime en qué manera  
 el argólido pueblo,  
 a humillaciones tantas avezado, 140  
 de socorros privado  
 [p. 222] y en la oscura ignorancia sumergido,  
 sacudir pudo la opresión impía  
 de la fiera Turquía,  
 que por tan largos siglos padeciera, 145  
 su letárgico sueño desechando.  
 Y dime cómo hollando  
 a costa de inefables sacrificios  
 del bárbaro turbante la arrogancia,  
 con heroica constancia 150  
 hizo que el orbe viese sorprendido  
 de tan sangrienta lid la competencia,  
 y que la nueva Grecia merecía  
 la patria, libertad e independencia,  
 que con valor tan alto defendía. 155
- [9] Ya, pues, los altos cielos,  
 que cual de duro bronce las plegarias  
 de la Grecia infelice  
 tiempo tanto obstinados desoyeran,  
 a sus acerbos duelos 160  
 fin imponer piadosos decretaron  
 y a sus valientes hijos inspiraron  
 el ardoroso anhelo  
 de recobrar la patria, que perdieran.  
 Y “¿por qué no rompemos”, 165  
 dijeron de consuno, “las cadenas  
 del alarbe cruel? ¿Será que estemos  
 a esclavitud eterna condenados?  
 Volvamos denodados  
 contra el torpe tirano nuestros bríos;  
 con sus auspicios píos 170  
 protegerá Jehová tanta osadía.  
 [p. 223] Nuestro glorioso origen recordemos,  
 que el hondo abatimiento oscurecía,  
 y saque del despecho 175  
 intrepidez el ofendido pecho”.
- [10] Dijeron, y de entonces la natura  
 sus eternas leyes confundiendo,  
 con portentosas muestras previniera

de la lucha futura	180
el operoso <sup>34</sup> fin y estrago horrendo, con horrísono estruendo los enormes cimientos de la tierra temblaron, y del Ponto embravecido con fragoso bramido	185
las espumantes olas de Acaya la ribera parecieron en el abismo hundir, y discurrieron por los aires guerreros celestiales, que fuertes lanzas fúlgidos blandían.	190
Los silbadores vientos repetían de “Cristo triunfa” <sup>35</sup> voces divinales, y de la noche en las calladas horas, de entre escombros sagrados, el belicoso grito se escuchaba	195
de las celestes haces <sup>36</sup> que “Sólo Dios es grande” reiteraba.	
[11] Tan tremendas señales, cual presagio felice interpretando los valerosos hijos de la Grecia,	200
desde el Pindo eminente, que alza nivoso su enriscada frente, hasta donde Leonidas [p. 224] arrostró osado el golpe de la Parca, el grito soberano	205
de libertad se difundió, y el llano de la selva y el rápido torrente con hórrido rumor lo repitieron. Las rejas convertidas fueron al punto en rígidas espadas,	210
y en vez de toscas pieles se cubrieron del Ménalo los rústicos pastores con la esplendente cota. Armada gente por doquiera brota el ámbito espacioso de la Grecia,	215

---

<sup>34</sup> Se dice de algo que cuesta mucho trabajo y fatiga, según el diccionario de la RAE.

<sup>35</sup> En mayúsculas en el texto impreso, igual que la siguiente expresión “Sólo Dios es grande”.

<sup>36</sup> Columnas de guerreros.

y en minaz<sup>37</sup> actitud, ardiendo en ira,  
 la fiera lid suspira,  
 a do de sus injustos opresores  
 pueda tomar legítima venganza,  
 renovando el valor de sus mayores. 220

[12] Y de audaz entusiasmo poseída  
 la heroica gente griega,  
 ved cuán rápidamente se congrega  
 a la elocuente voz del gran Germanos<sup>38</sup>,  
 que intrépido enarbola el estandarte, 225  
 y del sangriento Marte  
 al campo exhorta contra el turco fiero  
 independencia<sup>39</sup> y patria proclamando.  
 Y así como abortando  
 de la lóbrega urbe el rayo ardiente, 230  
 el súbito fulgor extensamente  
 por el ancho hemisferio se difunde,  
 del mismo modo cunde  
 en un punto el belígero ardimiento  
 [p. 225] de Grecia en los magnánimos varones, 235  
 e inflamados sus nobles corazones,  
 estalla al fin el vasto rompimiento.

[13] Y ya en el mediodía de la tierra,  
 a que el dárdano Pélope dio nombre,  
 Belona<sup>40</sup> arroja las sangrientas teas; 240  
 las valerosas hijas de Laconia  
 independencia gritan,  
 el huso por la espada abandonando,  
 y en pos de aquestas de la excelsa sierra  
 del monte Pentedáctilon, bajando 245

---

<sup>37</sup> Amenazante, cultismo de origen latino (de *minax*, *-acis*).

<sup>38</sup> Arzobispo de Patras (1771-1828), considerado el iniciador de la revolución griega; para más aspectos y actuaciones del mismo, cfr. Marcos Manuel Río y Coronel, *Compendio histórico del origen y progresos de la insurrección de los griegos contra los turcos, desde el año de 1821 hasta la llegada a Egina del presidente actual de la Grecia, Conde de Capo de Istria*, Madrid, Ramos y Compañía, 1828, p. 114 y ss. Otros héroes que figuran en este poema se encuentran también citados en este volumen.

<sup>39</sup> En el texto: Idependencia, errata corregida en la fe de erratas del final del volumen, p. 406.

<sup>40</sup> Diosa de la guerra, sobre todo en el mundo romano. La equivalente griega sería Enio, pero su presencia en textos históricos y literarios es menos frecuente que la primera.

sus valientes, de Esparta a la llanura  
con denuedo marcial se precipitan.  
Los guerreros, que habitan  
la cuna pura del oculto Alfeo,  
alzan la voz *al arma*<sup>41</sup> concitando; 250  
y al tiempo que en selva de Coela  
de guerra suena el pavoroso estruendo  
y la otomana luna  
de partes mil se mira derrocada;  
en otras tantas refulgente vuela 255  
al viento la bandera desplegada,  
do brilla el signo de la Cruz tremendo.

[14] Al modo, pues, que en la tostada arena  
de la desierta Libia el fuerte lazo,  
que el cazador astuto le tendiera, 260  
rompe el bravo león y en la campaña  
se lanza ardiendo en iracunda saña,  
el yermo con rugidos atronando,  
y el montero arrostrando  
eriza la melena 265  
[p. 226] y con la cola sus hijares bate,  
al desigual combate,  
así instigando su venganza fiera,  
que aunque el venablo el corazón le hiera  
por medio de él intrépido arremete; 270  
de la misma manera el pueblo griego  
de la lengua opresión libre, acomete  
sin que pueda ya el fuego,  
ni el hierro, ni la muerte intimidarlo  
y de la heroica empresa separarlo. 275

[15] De independencia al grito los tiranos  
y al súbito alzamiento impetuoso  
pararon aturdidos,  
empero de su horror convalecidos  
aprestan sus confusos escuadrones 280  
y corren luego a sufocarlo ufanos;  
y “¿Cómo estos insanos<sup>42</sup>”  
–exclamó sorprendido el orgulloso

---

<sup>41</sup> Cursiva en el texto impreso.

<sup>42</sup> Con el significado de “locos”.



¡Oh Chipre! ¡Oh Misolongi<sup>45</sup> desdichada!  
¡Oh tres y cuatro veces malhadada  
la floreciente Chío<sup>46</sup>!... Tú sentiste  
el colmo del mortífero exterminio;  
no fue para salvarte suficiente 320  
que tu sencilla gente,  
de Ceres consagrada a las labores,  
envolverse rehusase en los horrores,  
que destruyeron tus preciosos lares.  
Empero la venganza, que demanda 325  
tu espantosa catástrofe y nefanda,  
satisfecha será; pues tu fecunda  
sangre germina esfuerzo y ardimiento,  
y el sólido cimiento  
[p. 228] de la anhelada independencia funda. 330

[18] Cual águila veloz, que impetuosa  
de la etérea región se precipita  
sobre la baja presa temerosa,  
el musulmán impío  
vio de Grecia los bravos campeones, 335  
aguijando las huestes animosas  
que humillaran su saña y poderío;  
no importa que en su ayuda  
llame cruel las gentes guerreadoras  
del misterioso Nilo habitadoras<sup>47</sup>. 340  
No que la suerte cruda  
del bando heleno con rigor oprima  
el constante tesón; pues que la diestra  
del Dios de las batallas los anima;  
de aquel Dios que engrandece 345  
de las justas empresas los afanes,  
y del soberbio los inicuos planes  
cual huracán la niebla desvanece.

[19] ¡Salve, intrépido Agrafa y tú, Kotiras<sup>48</sup>,

---

<sup>45</sup> Recordemos al respecto la muerte de Lord Byron en Misolonghi.

<sup>46</sup> El cuadro de *La matanza de Chios*, de 1824, obra de un gran pintor francés del romanticismo, Eugène Delacroix, refleja esta situación.

<sup>47</sup> En una fase de la lucha los egipcios apoyan a Turquía.

<sup>48</sup> Para todos estos héroes y los que Ramírez menciona más adelante, *vid* el volumen citado de Marcos Manuel Río y Coronel, *Compendio histórico del origen y progresos de la insurrección de los griegos contra los turcos*.

que con altivo arrojó los primeros fuisteis en derrotar la muchedumbre de las fieras catervas otomanas! ¡Salve, oh tú, noble Alostros, tú que expiras la vida alegre por la patria dando, con que inmortal renombre mereciste!	350     355
¡Y tú, grande Nicetas, que venciste ya el choque de los bárbaros guerreros sus espesas hileras ahuyentando; ya cerca de Misenas <sup>49</sup> destrozando de Drámali las huestes numerosas, [p. 229] que de las cruentas aguas cenagosas del Treté la corriente embarazaron con exangües cadáveres, quedando allí en señal del prez <sup>50</sup> que conseguiste tiendas, armas, pertrechos rociados, banderas y cañones sumergidos, corpulentos camellos humillados y caballos sin dueño, mil perdidos!...	360          365
[20] Mas tú, Botzaris ínclito, la muerte y el terror y el espanto difundiendo con magnánimo pecho y brazo fuerte, de las oscuras sombras protegido el otomano campo acometiste, y del bárbaro en medio te atreviste a fijar de la Cruz el estandarte.	370       375
Sucumbe el musulmán en toda parte de tus valientes al sin par denuedo, y confusión sembrando y torpe miedo el griego acero por doquiera hiende, poblando el aire el mísero alarido.	380
Pero el bravo adalid cayendo herido en el ardor de la letal refriega, el monte Amfriso con su sangre riega, el laurel con cipreses confundiendo <sup>51</sup> , y al militar gemido va con acento triste	385

---

<sup>49</sup> *Sic*, quizás por Micenas.

<sup>50</sup> Honra.

<sup>51</sup> Dos sinécdoques encadenadas que vienen a significar que ha unido la victoria, el laurel, con la muerte, en referencia a los cipreses.



va entre horrores terribles expirando;  
el espumante piélagos quedando  
de restos y cadáveres henchido.

[23] Y ya la enhiesta cumbre  
del monte de do nace la Castalia<sup>53</sup>, 430  
y las islas, que baña el Ponto egeo,  
y el Epiro y el Ática y Tesalia  
y la tierra natal de Idomeneo  
ven tremolar crucíferos<sup>54</sup> pendones,  
del poder otomano victoriosos. 435

Los triunfos generosos,  
el constante valor y excelsa gloria  
cantad del pueblo argólico<sup>55</sup>, oh naciones,  
que ya rompió sus hórridas cadenas;  
y dadle a manos llenas 440

rama eternal del árbol de victoria,  
y atónitas mirad que la memoria  
de su antiguo esplendor, que al orbe espanta,  
cual lucero entre nieblas se oscurece 445  
y otro valor más alto ya aparece,  
que a las arduas esferas se levanta.

[24] Alza ya, oh Grecia, la humillada frente  
que en oprobio yaciera siglos tantos,  
y bañada de júbilo, gozosa, 450  
haz renacer tu nombre esclarecido  
para ser lustre de la humana gente;  
¡ah! ¡cuál la edad presente!

¡A quién hubo tan sólo prevenido  
el hado ver tu singular mudanza, 455  
[p. 232] de Arístides<sup>56</sup>, Conon y Milciades,  
de Ifícrates, Cimón y Alcibiades  
osa esperar los tiempos mejorados!  
La espada y el arnés abandonados,  
Cilenio y Céres próspera bonanza 460

---

<sup>53</sup> La famosa fuente Castalia, en el monte Parnaso, frecuentada por Apolo y las musas, de donde bebían su inspiración los poetas.

<sup>54</sup> Pendones con la cruz cristiana, frente a las banderas de los turcos donde campea la media luna.

<sup>55</sup> Equivalente a “griego”, de la Argólida, una zona del Peloponeso.

<sup>56</sup> Nombres de héroes clásicos.

derramarán en tu fecundo suelo,  
y del benigno cielo  
tornará el reino de Saturno y Rea;  
debido a tus afanes y a tu anhelo  
tal galardón el cumplimiento vea. 465

[25] No, pues, de otra manera  
que el presuroso Tigris, descendiendo  
de los armenios montes, se derrumba  
a la yerma campaña, y su carrera  
por bosques odoríferos siguiendo, 470  
a su sonoro estruendo

el aura vaga en derredor retumba,  
y cuando más sus aguas acelera  
se mira de repente detenido.

Y por horrendo bátrato sumido 475  
del radiante Titán la luz rehúye,

que luego penetrando  
del Tauro los enormes fundamentos,  
y luego espacio oculto caminando,

arroja sus raudales hervoroso 480  
y a otro cielo sus linfas restituye  
prosiguiendo su curso magestoso<sup>57</sup>;

así el pueblo famoso  
que en cautiverio estúpido yaciera,  
y la afrenta hasta agora oscureciera, 485

desechando su fiera servidumbre  
vuelve de gloria a la sublime cumbre.

---

<sup>57</sup> En el texto: megestoso, errata corregida en la fe de erratas del final del volumen, p. 406.

**E**l presente libro constituye el segundo volumen de la colección *Francisco de Borja Pavón*, consagrada al recuerdo de los académicos fallecidos desde la fundación de la actual Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Compila nueve biografías de relevantes figuras que vivieron en los siglos XIX, XX y el presente XXI.

Tras un prefacio y un prólogo se inicia el libro con la figura de Ramón de Aguilar y Fernández de Córdoba (1787-1862), el presidente de la refundación de la Academia, trabajo firmado por José Manuel Escobar Camacho, al que siguen –por orden cronológico de nacimiento– Luis María Ramírez y de las Casas-Deza (1802-1874), un historiador cordobés del siglo XIX, por Antonio Cruz Casado; Fernando Amor y Mayor (1823?-1863), con nuevas aportaciones sobre su vida académica y obra científica, por José Manuel Recio Espejo; Enrique Romero de Torres (1872-1956), defensor del patrimonio de Córdoba, por José María Palencia Cerezo; José Priego López (1881-1939), inspector de enseñanza y académico, por Juan Díez García; Miguel Ángel Orti Belmonte (1891-1973), ilustre cordobés, profesor e historiador eminente, por Joaquín Mellado Rodríguez; Antonio Cruz Conde (1910-2003), alcalde eficaz y académico de honor, por Francisco Solano Márquez; Manuel Medina Blanco (1920-2002), cuya vida fue “duelo de trabajo y esperanzas”, según José Javier Rodríguez Alcaide; y, finalmente, Miguel Salcedo Hierro (1923-2010), la voz iluminada, por María del Sol Salcedo Morilla.

Son nuevos “académicos en el recuerdo” que se suman a los diez ya publicados; todos ellos jalonan la historia de la Real Academia de Córdoba, fundada en 1810, y merecen ser perpetuados, pues como afirma nuestro Director en el Prefacio, “siempre existirá quien alce su voz –es el caso de nuestra institución– para llamar la atención sobre personajes cuya obra merece ser conocida por la ciudadanía y, especialmente, por las nuevas generaciones”.

